

Hannah Arendt y la literatura

Nuria Sánchez Madrid (ed.)

bellaterra filosofíapolítica

Sánchez Madrid, Nuria (ed.), *Hannah Arendt y la literatura*, Barcelona: Ediciones Bellaterra, 2016, 194 págs.

En Hannah Arendt la literatura no ocupa el papel de mero ornamento o complemento de sus reflexiones, en cierto modo es su condición de posibilidad. Por esta razón podemos decir que *Hannah Arendt y la literatura* es un texto clave para los estudiosos de esta pensadora. Este libro colectivo, distribuido en siete capítulos, se acerca a diferentes problemáticas arendtianas a la luz de su lectura de Homero, Gotthold Ephraim Lessing,

Franz Kafka, Marcel Proust, Bertolt Brecht, Hermann Broch y Karen Blixen. Estos autores, no obstante, no son los únicos interlocutores que contribuyeron a la delimitación del pensamiento de Arendt, por ello Nuria Sánchez Madrid decide dedicar la presentación de este libro a otros literatos con los que dialoga en sus obras.

En el primer capítulo, «Hannah Arendt y Homero: entre la violencia y el discurso», Carlos Javier González Serrano estudia el influjo de las poesías homéricas en algunas argumentaciones de Arendt. El análisis comienza poniendo de manifiesto la relevancia de la acción y el discurso tanto en los relatos de Homero como en la concepción que Arendt ofrece —desde su lectura de Aristóteles— de la *bios politikos*. Como se explica en este apartado, la filósofa alemana se problematiza la relación entre hombres y dioses que encontramos de forma habitual en numerosos pasajes de la épica griega; sin embargo, reconoce en las epopeyas homéricas un modelo de la experiencia de una vida entre iguales, un modelo que tendrá una enorme influencia en su comprensión de la política. El autor de este capítulo, se apoya en la distinción de Fina Birulés entre dos modelos de espacio público en Arendt, el agonal y el asociativo, para adentrarse en la explicación del papel del espíritu agonal homérico en el pensamiento de esta pensadora. A su modo de ver, este espíritu está relacionado con la libertad de abandonar el hogar para participar en los asuntos públicos en calidad de agentes libres, una participación que en la obra de Homero está ligada a la palabra, el vehículo que sirve para transmitir las gestas de los héroes (tan relevantes en la fundación de la polis). La concepción de la palabra como lo común en Homero, resulta para Arendt un subversivo contra el aislamiento de una vida contemplativa al modo platónico. Se señala por ello que es posible pensar la obra de Homero como un freno contra el retiro filisteo a la vida privada que pierde de vista la responsabilidad y abre las puertas al totalitarismo.

En el segundo capítulo, «El discurso es la morada. Lessing o el exilio en Hannah Arendt», Germán Garrido Miñambres nos ofrece una perspectiva distinta a la del capítulo precedente para analizar con Arendt el

problema de la reclusión en lo privado y la apertura a lo público. Esta cuestión le lleva a estudiar el papel que la verdad y la crítica juegan en Lessing. Como señala el autor, las críticas realizadas por Lessing no cumplen el principio de no contradicción, fundamento de la crítica desde Sócrates a Kant, porque este pensador «está menos interesado en demostrar la verdad objetiva e incuestionable de sus asertos que en salir al encuentro de la opinión ajena» (p. 52). Lessing coincide con Kant sin embargo en que no hay pensamiento y crítica sin su publicidad. Para Lessing la privación del intercambio de opiniones y de la crítica culmina en la privación de mundo, privación que Arendt ejemplifica con la vida llevada por aquellos disidentes del Tercer Reich que optaron por el exilio interior. Como señala Garrido Miñambres, Lessing a pesar de defender en su obra esta apertura, vivió su particular exilio, una exclusión del mundo «junto al deseo de su reapropiación; una disyuntiva entre el extrañamiento y su reconciliación» (p. 54). Arendt, preocupada por la forma de exilio de su tiempo, el fenómeno de los refugiados, encuentra en Lessing la vigencia de una propuesta de comunidad que trascienda toda institución política. Esa propuesta ofrece una respuesta a la situación en el que el derecho a tener derechos se vincula a la condición de ciudadanía que otorga una comunidad institucionalmente reconocida. Garrido Miñambres nos explica la apuesta de Arendt por un nexo comunitario fundado en un discurso crítico, asunto en el que se evidencia el legado de la lectura de Kant (ante todo sus reflexiones sobre el juicio de gusto) pero también el de Lessing, como ejemplo referencial del exilio.

En el capítulo siguiente, «Kafka en Arendt. Poética de la extinción», Nuria Sánchez Madrid estudia algunas divergencias y convergencias entre Arendt y Kafka. El primer ejemplo de la distancia entre ambos autores destacado por la autora es su comprensión divergente de la ley: para Kafka la ley muestra demasiadas veces un rostro de violencia, por ello es frecuente que la represente acompañada de sus perversiones; para Arendt, al contrario, resulta fundamental señalar su importancia, y es habitual encontrar en sus escritos una defensa de las instituciones legales por su inherente relación con la

condición política del ser humano. Esta distancia en la interpretación de la ley tiene que ver con sus respectivas formas de establecer los vínculos entre el sujeto y el poder. Otra discordancia recogida en este lugar, es la opinión que les merece el proyecto sionista: Kafka lo ve con buenos ojos (desde su admiración y envidia hacia la gente común) mientras que Arendt desconfía de él por su sospecha de una posible deriva de la patria judía en Estado judío nacionalista. No obstante, pese a estas desavenencias entre Arendt y Kafka, Sánchez Madrid señala la existencia entre ellos de una proximidad distante. Esta curiosa proximidad es la responsable de que Kafka sea fuente de inspiración para Arendt en su análisis de la cuestión de los *pariah* en el contexto de la Europa reciente. Las obras kafkianas le resultan provechosas para examinar el papel de la burocracia y la administración en la liturgia del orden legal que va a desembocar en el problema de los refugiados en los años 30. Con la intención de rastrear el legado kafkiano en la obra de la filósofa alemana, Sánchez Madrid emprende un detallado análisis de los textos de Arendt sobre las obras de Kafka, autor que «aparece como heraldo de una realidad que no llegará a ver sus ojos, aunque delinee con sorprendente habilidad y exactitud los planos que permitirán levantarlo» (p. 86). En este sentido, Kafka es señalado como el pintor de los escenarios apocalípticos del totalitarismo del siglo XX. Frente a esta realidad descorazonadora delineada por Kafka, en el final del capítulo se alude a un atisbo de esperanza: el hombre de buena voluntad. Este hombre, que podría ser cualquiera de nosotros según Arendt, abre la posibilidad de resistencia al orden existente.

En «Arendt, lectora de Proust: reflejos de un mundo narrado», Víctor Granado Almena presenta la relación de Arendt con Proust «a partir de la singular relación entre la novela y el intento moderno de conferir sentido al mundo a través de la narración de la acción en el tiempo» (p. 91). Granado Almena afirma que la literatura tiene una función metodológica en Arendt, que le permite alumbrar un pensamiento dialógico, imaginativo y vivencial. La presencia de Proust en sus obras le permite estudiar la relación de los individuos –y con-

cretamente de los judíos— con la sociedad, a través de la producción de subjetividad. A partir de la búsqueda de sí de Proust en su vida narrada, se acerca al pasado que hemos perdido y pone de manifiesto como la reflexión dialógica con el sí mismo —como una especie de espejo para la verdad— puede dar lugar a un aprendizaje sobre el mundo. Por otra parte, Proust le sirve a Arendt para pensar la norma y su excepción: los marginados. El novelista y ensayista francés le permite pensar en el reverso monstruoso de la normalidad (vinculada en Foucault al proceso normalizador). A través de las reflexiones arendtianas sobre la cuestión judía y el asunto de la igualdad de derechos de ciudadanía, el autor de este capítulo trata de pensar con Arendt y contra Arendt en otras reivindicaciones de igualdad de derechos llevadas a cabo por distintas minorías —como las sexuales y de género— que tratan de re-articular la distinción entre lo público y lo privado, lo político y lo social. Este estudio termina con el análisis de la máscara que caracteriza a la existencia del monstruo como una concreta apariencia de identidad que limita la pluralidad del individuo a un solo rasgo, que le impone la visión exterior del otro.

En el capítulo titulado «Hannah Arendt, intérprete de Bertolt Brecht. Sobre la fragilidad y banalidad del bien», Tomás Domingo Moratalla examina aquellos rasgos de la obra Brecht que interesan a Arendt con el objetivo de pensar cuestiones que nos conciernen a todos: la del bien y la del mal. Domingo Moratalla divide en tres temas su estudio: las apariciones de Brecht en la biografía de Arendt, el análisis de los textos en los que Arendt delimita la silueta de Brecht al tiempo que delimita su pensamiento y, por último, el estudio de la cuestión de la fragilidad y banalidad del bien. Si bien los dos primeros apartados resultan interesantes para comprender la relación entre Arendt y Brecht y la biografía política de este poeta, el último tema en el que se detiene el autor resulta particularmente original. En este tercer momento, a partir de una explicación de la conocida concepción arendtiana de la banalidad del mal y del análisis de su problematización de la publicidad del bien, se ofrece una reflexión sobre la fragilidad del bien —del que la vida de Brecht será un ejemplo— y sobre su

banalidad. Por último, Domingo Moratalla, gran conector de la obra de Paul Ricœur, pone en relación estas reflexiones sobre el bien, basadas en el pensamiento de Arendt, con la ética hermenéutica del filósofo francés.

En «¿Qué hacer tras la catástrofe? El problema del reencantamiento del mundo y la primacía de lo ético en el itinerario intelectual de Hermann Broch», Juan Carlos Barrasús se acerca al pensamiento de Hermann Broch, uno de los literatos con los que Arendt dialoga en *Hombres en tiempos de oscuridad*. El capítulo comienza con el análisis del rechazo por parte del poeta vienés de la defensa incondicionada del arte por el arte. Este rechazo lo justifica en aras de la primacía de lo ético como criterio que rijan la producción y el juicio sobre el arte, por encima de cualquier criterio meramente estético. A este respecto, Broch llega a tachar de mal radical a la manifestación del «esteticismo». Como señala Barrasús, las reflexiones de Broch están situadas en las circunstancias precisas de la primera mitad del siglo XX en Europa, marcadas por la emergencia de las formas políticas totalitarias y la descomposición de un mundo. En ese contexto, Broch es presentado como un autor preocupado por la secularización y sumamente voluble, que hizo depender sus respuestas a la problemática ética de diferentes ámbitos (arte, ciencia y práctica política) en momentos diversos de su vida. Barrasús afirma que Broch entiende su tarea poético-intelectual como una defensa de un nuevo orden axiológico para el hombre que debe poder ofrecer una nueva cosmovisión y una comprensión de la muerte, el hombre y el mundo que se oponga al nihilismo. Esta defensa le llevará a la problemática del reencantamiento del mundo, analizado con detenimiento en este capítulo.

En el último capítulo, «Hannah Arendt sobre Isak Dinesen: narración, contingencia y destino», Eduardo Cañas Rello se acerca a la admiración mostrada por Arendt por esta escritora danesa. Tanto para la filósofa alemana como para Dinesen la vida del agente tiene estructura narrativa y es posible concebirla como un relato. Ambas comparten la creencia en que se puede (y se debe) buscar un sentido a los distintos sucesos vitales y a la historia, operación que para Arendt convierte

la contingencia en necesidad gracias a la imaginación productiva (de la que Dinesen hace gala). Analizando esta postura, Cañas Rello realiza una sugerente interpretación de estas afirmaciones de Arendt como cierta caída de la filósofa en el historicismo y en la mentalidad moderna de la que trató de alejarse por olvidar las particularidades. El peligro que se esboza en esta caída es no poder evitar la justificación de las ideologías totalitarias como dotadoras legítimas de sentido mediante sus grandes relatos. No obstante, como explica el autor de este capítulo, Arendt escapa de este peligro al afirmar que la idea de destino se puede proyectar hacia el pasado pero no hacia el futuro. Para Arendt lo imprevisible de la acción debe ser salvaguardado, por ello –siguiendo a Dinesen– alude a la necesidad de distinguir lo que uno

es (sus actos y su individualidad) de las obras a las que da lugar, a las que nunca podrá ser reducido.

Como conclusión de esta reseña, señalamos la importancia de la literatura como condición de un pensamiento que –como el de Arendt– se reconcilie con la finitud humana. A este respecto, compartimos la reflexión de Fina Birulés en el epílogo de *Hannah Arendt y la literatura*, sobre «la importancia de la literatura, en particular la poesía, una vez constatada la limitación de las ciencias sociales para hacerse cargo de lo ocurrido y los acontecimientos del presente a raíz de su impersonal y acreditada voz desde ningún lugar» (p. 182).

Sara Ferreiro Lago

Universidad Complutense de Madrid